

animales es, sin duda, una buena noticia para la investigación, como ha ocurrido recientemente con el estudio liderado por el profesor Mariano Barbacid sobre cáncer de páncreas, difundido con amplia visibilidad mediática. Se trata de un paso relevante y valioso. Sin embargo, cuando se difuminan los límites entre investigación preclínica y tratamiento disponible, se corre el riesgo de alimentar expectativas que hoy la ciencia aún no puede cumplir. Convertir avances iniciales en mensajes de curación inminente puede transformarse, así, en una forma silenciosa de daño.

Los investigadores y médicos no solo cumplen un rol científico, sino también ético y social. Su voz tiene peso, credibilidad y autoridad. Por eso, cada palabra importa. No se trata de frenar la divulgación ni de apagar el entusiasmo, sino de contextualizarlo: explicar con claridad en qué etapa se encuentra un avance, cuáles son sus límites y cuánto camino resta antes de que pueda beneficiar a personas reales.

En oncología, la esperanza es un recurso delicado. Puede sostener, pero también quebrar si se construye sobre promesas prematuras. Comunicar con responsabilidad es una forma de cuidado. Los pacientes no merecen titulares grandilocuentes ni milagros anticipados. Merecen verdad, rigor y respeto por su vida, su tiempo y su dignidad.

La ciencia necesita recursos, confianza y apoyo social. Esa confianza se fortalece cuando la información se entrega con honestidad. Avanzar sí, entusiasmar también. Jugar con la esperanza de quienes luchan por vivir, nunca.

José Solís
Médico oncólogo

Ecosistemas naturales

Señor Director:

En los ecosistemas naturales todo está conectado: el agua, el suelo, el aire, las plantas, los animales y los microorganismos invisibles. Chile cuenta con una variedad única y particular, como el parque nacional Torres del Paine, el desierto florido, los humedales, los lagos del sur, las playas y dunas, entre otros, que se han desarrollado durante miles de años con mínima intervención humana para adquirir sus características

particulares.

Cuando las personas no respetan las normas designadas para estos espacios, mediante acciones que parecen inofensivas, como bañarse en una laguna, circular con vehículos en la arena o dejar residuos, se producen cambios significativos en ellos. Incluso, el cuerpo humano introduce sustancias como protectores solares, repelentes de insectos, restos de cosméticos y microplásticos que alteran la calidad del agua y el suelo.

Estos contaminantes pueden modificar el pH de estos elementos, afectando especialmente a microorganismos que cumplen un rol clave en los ciclos del carbono y nitrógeno regulando nutrientes, permiten el crecimiento de plantas y sostienen la cadena alimentaria. Estos cambios afectan desde microalgas a peces, aves, mamíferos y plantas.

Además, muchos de estos compuestos son persistentes y bioacumulables, lo que significa que no desaparecen rápidamente, sino que se concentran con el tiempo en los organismos vivos. El daño no es inmediato, pero sí acumulativo y silencioso.

Cuidar los ecosistemas no es una exageración ni una prohibición sin sentido. Es una forma de asegurar que estos espacios únicos sigan existiendo para las futuras generaciones. Respetar las normas es, en el fondo, respetar la vida y el equilibrio natural que sostiene nuestro país.

Roberto Rojas
Académico UDLA

Vehículos mal estacionados

Señor Director:

Se hace urgente que los inspectores municipales de Chillán salgan a trabajar y cursen las debidas infracciones por los vehículos mal estacionados en la ciudad.

La falta de conciencia y de respeto de algunos está afectando la vida cotidiana de muchos, por ejemplo, cuando obstruyen el paso de peatones por la vereda, cuando limitan la visibilidad de los vehículos en las esquinas, cuando bloquean el acceso a un estacionamiento particular o cuando hacen caso omiso de la prohibición de estacionar en algunas cuadras.

Víctor Salamanca